

Defensa del orden democrático ante los graves sucesos de Oyón

Resultan intolerables y preocupantes los modos violentos con que algunos grupos pretenden resolver sus diferencias, como ha sucedido en la provincia limeña de Oyón, donde el alcalde Manuel Delgado fue retenido y obligado a renunciar bajo amenazas de muerte.

Estos excesos no pueden ser permitidos, pues se crearían precedentes peligrosos. Por ello el Gobierno debe actuar con firmeza para restaurar el orden y la autoridad.

Podrían haber motivos para cuestionar a un alcalde, pero ello no justifica el uso de la fuerza. Hay que recordar que se trata de una autoridad elegida por los propios poblado-

res y si hay descontento por su gestión pues deben acudir al JNE para iniciar un proceso de revocatoria y recabar las firmas necesarias.

Patear el tablero violentamente no es la solución. Y no solo por cuestión de principio, sino porque la violencia solo genera más violencia.

Por ello, al tiempo de difundir los instrumentos de diálogo en la estructura del Estado democrático, tiene que castigarse severamente a los promotores de la violencia, entre los que se ha denunciado la eventual interferencia de grupos radicales e ideologizados, vinculados a Patria Roja, interesados en desestabilizar el sistema democrático. ■

“(Es necesario) Supervisar la buena administración de la Caja Militar Policial y del Fondo de Defensa Militar Policial, para alejarlos de todo riesgo de corrupción y malversación de recursos”.

PROPUESTAS PARA UNA AGENDA DE GOBIERNO DE EL COMERCIO 2006.

CAPÍTULO II GOBIERNO Y ESTADO. RELACIONES CÍVICO-MILITARES.

Rescate de la Caja Militar-Policial y castigo a corruptos

Aunque los policías y militares aún no han dejado de cobrar sus pensiones, el Estado no puede esperar a que eso ocurra, como producto de la calamitosa crisis que arrastra desde hace varios años la Caja Previsional Militar-Policial (CPMP).

Como ha informado nuestro Diario, nada se ha hecho por revertir la crisis financiera de este fondo que durante el fujimorismo fue el botín de una cúpula corrupta y criminal, y hoy corre el riesgo de esfumarse en perjuicio de miles de militares y policías que merecen tener una pensión digna y asegurada.

Hace un año el Gobierno anunció el

reflotamiento de la CPMP, pero todo quedó allí. Seguimos sin aplicar salidas que podrían significar su rescate, como adscribirla a la ONP o convertirla en una administradora de fondos de pensiones, bajo la supervisión de la Superintendencia de Banca, Seguros y AFP. Antes de ello, el Estado debe pagar los adeudos que mantiene con la caja y esta podría vender parte de sus activos o aumentar el porcentaje mensual de aportes, como se hace en otros países.

La solución, pues, debe ser urgente, radical e integral, e incluir sanciones ejemplares para quienes saquearon la caja y la condujeron al caos y a la ineficiencia actual. ■

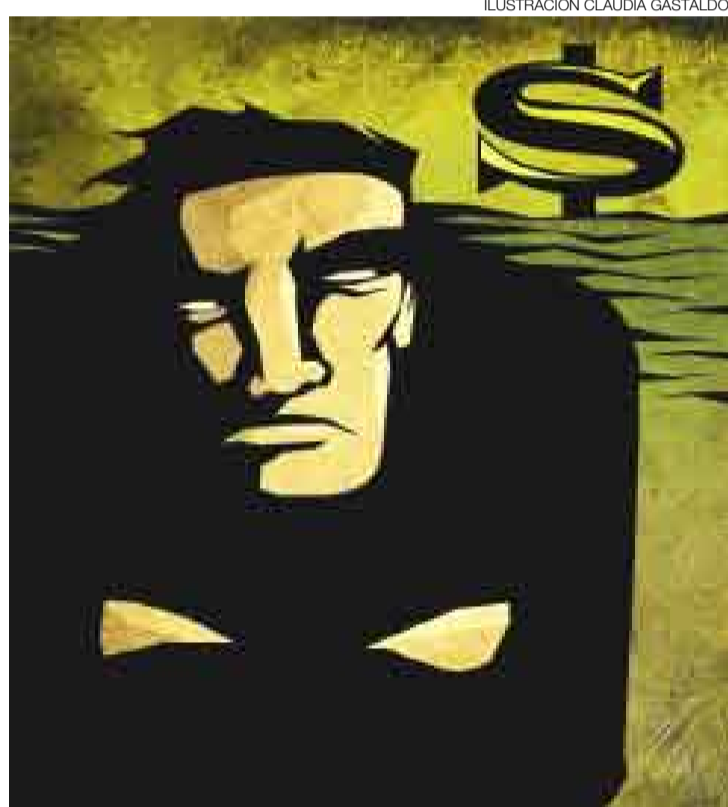
LA CRISIS FINANCIERA Y SUS SOLUCIONES LITERARIAS

La seriedad del humor

Jorge Edwards
Escritor



Jorge Edwards fue galardonado con el premio Cervantes del año 2000. Texto glosado del original. © Diario "El País", SL/ Jorge Edwards. Prisma com. Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú



La virtud central del capitalismo clásico era el trabajo. Marx partió de ahí, de esa noción burguesa esencial, para elaborar sus ideas sobre el materialismo dialéctico y el socialismo. El capitalismo moderno estaba relacionado con la revolución protestante, con el calvinismo, con una ética del rigor, del esfuerzo. Hay que leer a los clásicos, desde Adam Smith hasta Max Weber. Y entender a Carlos Marx y a Federico Engels. Pero tengo la impresión de que los teóricos de la economía actual se olvidaron de los autores fundamentales, de los maestros, de los grandes precursores. El valor del trabajo se degradó y se convirtió en el de la especulación, de las burbujas financieras, de la riqueza fácil. He leído y recordado en estos días algunas páginas de humor sobre la crisis de 1929, además de algunas anécdotas reveladoras. Groucho Marx, que no pertenece a la misma familia que Carlos Marx, describe en sus memorias una época en que las acciones de Wall Street, todos los valores bursátiles, subían todos los días. Todo el mundo quería comprar en la bolsa, y el mismo Groucho fue contagiado por la fiebre especulativa. Cerraba los ojos, ponía un dedo en algún lugar de la lista, compraba la acción respectiva y

ganaba. Todos ganaban y compraban como locos. Groucho no sabía, hasta ese momento, que se podía vivir en el lujo, en la opulencia, en la extravagancia, sin trabajar, pero había comenzado a saberlo. Hasta que un día cualquiera, un inversionista cualquiera, un poco preocupado, dominado por un soplo vago de incertidumbre, hizo cálculos y resolvió vender. Otra persona se contagió con su pesimismo, o al menos con su vacilación, con su incertidumbre, y también puso sus acciones en venta. Hasta que la Bolsa de Wall Street, un buen día, o un día negro, para decirlo de un modo más preciso, se derrumbó en forma estrepitosa.

Los economistas nos hablan en difícil, pero Groucho Marx es tanto o más certero que ellos. Por-

que Groucho nos habla de la crisis desde adentro, como persona que participaba en el delirio colectivo y que de repente, de un día para otro, perdió hasta la camisa. Hemos vivido rodeados de gurúes, de magos de las finanzas, de poseedores de ciencias infusas, de ricos repentinos y que se han reído de los valores tradicionales, y de pronto se han caído al suelo como sacos de papas o de patatas. Me parece que la explicación de un humorista, aunque no tenga terminachos, aunque huya de la jerga técnica, es mejor que muchas otras. Una vez, hace ya largos años, di una conferencia en algún recinto madrileño o de las Islas Canarias, ya no me acuerdo con exactitud, y conseguí que la audiencia se riera a carcajadas. Al final de la charla se me acercó

el escritor y ensayista Juan Marichal, marido de Soledad, Solita, Salinas, hija del gran poeta Pedro Salinas, y me dijo las siguientes palabras textuales: “Es que la gente no se ha dado cuenta de que el humor es una cosa muy seria”.

Leí hace poco una anécdota de Kennedy el mayor, el padre de los hermanos Kennedy. En vísperas de la crisis, Kennedy el mayor poseía una cantidad importante de acciones de Wall Street. Una mañana se dirigió a los recintos de la bolsa y se detuvo en una esquina, en la mitad de su camino, para lustrarse los zapatos. El lustrabotas, mientras le pasaba cera y le sacaba lustre, le hacía comentarios sobre sus propias compras en la bolsa y sobre las alzas que habían obtenido los títulos suyos. Kennedy el mayor, con sus zapatos relucientes, se dirigió de inmediato a la oficina de sus corredores y les ordenó que vendieran todo. Si hasta los lustrabotas compraban acciones, algo estaba podrido en el Reino de Dinamarca. Vendió todo, y esa decisión de vender a tiempo fue uno de los pilares más sólidos de su futura fortuna. Pero el problema, claro está, consiste en vender a tiempo, y en comprar a tiempo. Parece fácil, pero no lo es tanto. El capitalismo especulativo es uno de los grandes vicios del mundo moderno (para citar a Nicanor Parra). Y el otro, el de los calvinistas, el de los artesanos hugonotes, el de los banqueros de “La Comedia Humana” de Balzac, pertenece a un pasado remoto, anacrónico, desaparecido.

Lula, el presidente brasileño, nos habló en la Asamblea General de las Naciones Unidas de fiebre especulativa, y Michelle Bachelet recurrió a los conceptos de codicia y desidia. Fueron nociones éticas, severas, esgrimidas en la mayor tribuna internacional. Pero el problema de gobernar consiste en conocer la

naturaleza humana y actuar para controlarla, encauzarla, llevarla por caminos decentes, de solidaridad, de justicia, de progreso auténtico. Porque si usted coloca a un gato en una carnicería, no puede pedirle que se abstenga de comer la carne. Es necesario, en consecuencia, conocer la naturaleza de los seres humanos, y la naturaleza de los gatos. En mis años de formación, el héroe de la economía moderna, a lo largo y lo ancho del mundo capitalista, era John Maynard Keynes. Parecía que Keynes había sacado al capitalismo de su etapa salvaje, descontrolada, primitiva, y lo había canalizado, moderado, humanizado. En resumidas

“Para el Gobierno de Washington no hacer nada es lo peor y lo más peligroso que podemos hacer”

cuentas, si la crisis derivaba de un estado anterior de libertinaje, los keynesianos aplicaban medidas para salvar en definitiva, en sus componentes básicos, el sistema. Era otra versión de lo que proponía el príncipe de Salina en “El Gatopardo”: cambiar para que todo siga igual. Es lo que sostiene ahora el Gobierno de Washington, pero lo sostiene tarde, con voz alterada y sofocada, con manotazos de ahogado. No hacer nada, dice, es lo peor y lo más peligroso que podemos hacer. Y lo dice mientras hace esfuerzos para tapar los hoyos, los feroces agujeros financieros, inmobiliarios, hipotecarios, con el dinero de los contribuyentes.

Lo que ocurre es que lo más abstracto del mundo, lo más enigmático del mundo, son las altas fi-

anzas. Se barajan cifras en un tablero electrónico, se hacen fortunas y se deshacen en cuestión de horas, pero, ¿dónde están los respaldos, el oro, el dinero efectivo? Muchas veces, casi siempre, no están en ninguna parte. En “La Comedia Humana”, para volver a Balzac, hay dos especies de personajes: los avaros, los que atesoran riquezas lenta y trabajosamente, los Primos Pons, que guardan una fortuna en muebles, en cristalerías y porcelanas, en cuadros, en luises de oro, debajo de los colchones, en espacios pequeños, y los barones del primer imperio, los Nuncingen, que especulan y manejan valores puramente abstractos, y que anuncian algunos de los rasgos del capitalismo de este siglo XXI. Algunos comentan, con visible entusiasmo, con acentos triunfalistas, que los fanáticos del neoliberalismo quedaron en evidencia. Quizá sea verdad. Pero tiendo a ver las cosas de otro modo. Toda la economía, en casi todas partes, en Occidente, pero también en China, en Rusia, en la India, había entrado en una forma de delirio, en una fiebre que iba en aumento y que nos contagiaba a todos. Y de repente, por la fuerza de los hechos, por obra de las circunstancias, hemos despertado y nos hemos tenido que restregar los ojos. ¡Adiós, sombras fugaces!, hemos exclamado, como los personajes del drama clásico. Despertamos, aterrizamos en la realidad, y la fuerza, el drama de la experiencia viva y reciente, nos marea y nos perturba. En Chile, dice alguien, estamos más preparados que antes, que en 1982 y en 1929, para resistir la crisis. Más preparados hasta cierto punto, y siempre que las cosas no lleguen a mayores. Pero lo más probable es que no se salve nadie, y que no consigamos, tampoco, al final del tormentoso recorrido, aprender nada. ■

rincón del autor

Hugo Guerra



La defensa es como una póliza de seguro que el Estado debe renovar

Crisis y defensa nacional

Ilustrado lector, en situaciones de crisis financiera mundial como la presente, uno de los fenómenos colaterales más peligrosos es la alteración de la paz. Así, el crack de 1929-1933 prologó la II Guerra Mundial.

Hoy, en pleno abismo especulativo estadounidense, Venezuela está introduciendo en la región componentes de amenaza bélica que alcanzan hasta el pronto desarrollo de armas nucleares. En paralelo, frente a la crisis boliviana Chile deja conocer que, a pese a ser ya la primera potencia militar del cono sur, dispone de US\$3.000 millones para seguir incrementando su panoplia.

En un contexto tan volátil es acertada la propuesta de esta-

blecer un canon a la explotación de futuros yacimientos mineros y energéticos para fortalecer el fondo de defensa que viene financiándose con parte de las regalías del gas de Camisea.

La defensa nacional es como una póliza de seguros (contra riesgos razonables), que el Estado está obligado a renovar anualmente para proteger la integridad, la soberanía y la viabilidad nacional. Por tanto la defensa es un bien público con igual jerarquía a la salud y la educación.

Su financiamiento no puede estar librado al azar ni fijarse aleatoriamente según la precariedad de los presupuestos anuales de la República. Por eso urge encontrar mecanismos es-

tables para no volver a la precariedad del núcleo básico eficaz (que supuestamente daría respuesta durante 30 días a una eventual agresión) que propuso inicialmente este gobierno, destinando un presupuesto mísero de 650 millones de dólares entre el 2006 y el 2011.

Para subsistir en hipótesis bélicas básicas, necesitamos primero sanear el drama salarial del personal militar en actividad, frenando de inmediato la descapitalización humana sobre todo en la FAP; también debemos mantener y desarrollar la infraestructura defensiva; y, asegurar la movilidad de personal y equipos. Todo lo cual debe financiarse con recursos regulares.

Luego, es imperativo recu-

perar poderío aéreo con alta tecnología; modernizar y multiplicar la artillería; repotenciar la fuerza de submarinos; garantizar el suministro de armamento, municiones y combustible y garantizar el despliegue preventivo para compensar la asimetría con los vecinos. El financiamiento de esto debe salir del canon propuesto por el vicepresidente Giampietri; aunque también debe evaluarse la posibilidad de desarrollar una industria militar propia captando capitales privados que se escapan de la crisis financiera.

En la paz estos tópicos suelen ser incomprensidos. Pero, llegado el caso, la falta de previsión es una forma de traición al interés de la patria. ■

HUMOR PROFANO

Por Molina

